

REVISTA COSTARRICENSE

AÑO XVI

San José, C. R., Domingo 26 de Enero 1947

No. 716

Clausura Sus Sesiones la Quinta Asamblea de la Comisión Interamericana de Mujeres



Concurrentes a la asamblea de la "Comisión Interamericana de Mujeres" celebrada en Washington hace varios días.

WASHINGTON.—Acaba de clausurar sus sesiones en esta ciudad la Quinta Asamblea de la Comisión Interamericana de Mujeres, en la que participaron representantes de las 21 repúblicas americanas. Clausuró sus sesiones dedicando un día entero a deliberaciones sobre temas generales de importancia para la mujer americana.

Durante las dos semanas en que estuvo la Asamblea en sesión se adoptaron resoluciones trascendentales, especialmente respecto a la participación de esta Comisión en la Novena Conferencia Internacional Americana que se reunirá en Bogotá el año entrante.

Se aprobaron varios estudios sobre el estatuto de la mujer en las diversas repúblicas, los cuales se incluirán en el informe oficial que la Comisión presentará a la Conferencia. Se preparó también el anteproyecto del estatuto que el Consejo Directivo de la Unión Panamericana espera presentar con el propósito de convertir a la Comisión en un organismo integrante de la Unión.

Con relación a la actuación de la Comisión en la Conferencia venedera, en la que se tratará de afirmar la igualdad de derechos de la mujer en toda la América, la Asamblea acordó que la Comisión recomendase que se adopte un convenio con ese fin. En la resolución se declara:

"Se juzga que en las recomendaciones formuladas en ocasiones anteriores no se afirmaron con suficiente vigor; y además, que el mundo ha entrado en una etapa de desarrollo internacional que anula el arcaico y exagerado concepto del Estado, como se puede observar en la organización de las Naciones Unidas."

Se aprobó, asimismo, pedir a la Comisión de las Naciones Unidas Sobre el Estatuto de la Mujer, que considere los medios necesarios para aprovechar la experiencia de la Comisión Interamericana de Mujeres para formular un programa mundial.

Antes de que se celebre la Conferencia en Bogotá, la Srta. Minerva Bernardino, presidenta de la Comisión, y la Señora Amalia C. de Castillo Ledón, vicepresidenta, harán una gira por el continente americano con el fin de realzar el interés en los círculos femeninos sobre los problemas que la Comisión presentará a la Conferencia.

La Asamblea, finalmente, acordó crear un Comité Administrativo de Emergencia, integrado por las delegadas que residen en Washington. Este grupo actuará en la capacidad de Consejo Consultivo para ayudar a la presidencia a resolver cualquier problema de urgencia que se presente en épocas en que no esté en sesiones la Asamblea.

De la Educación de las jóvenes depende la Salvación de la Cultura Cristiana

El siguiente llamado del Santo Padre a todas las mujeres del mundo deben meditarlo profundamente todos los que están dedicados a la Enseñanza, todos los modeladores de almas, no sólo del alma de la mujer sino también de la del varón. El hombre y la mujer se complementan en la vida social y es a ambos que concierne darle un nuevo rumbo a las costumbres sociales, ambos deben reflexionar que no es por caminos torcidos que puede alcanzarse una felicidad que satisfaga al corazón humano.

El estado de degradación de la vida actual es algo que espanta, y lo peor que no se ve una mano fuerte que encarrile en alguna manera las costumbres, no hay organización en nada, todo es desastre, se vive como animales, no se piensa más que en divertirse y ojalá fueran diversiones sanas, todo lo contrario, el medio actual de todas las diversiones es a base de inmoralidad, se bebe a la exageración, se baila indecentemente, los hombres y las mujeres han llegado a las costumbres más bajas, ya no hay respeto ni para las personas que deben respetarse, se vive como animales y ni siquiera se piensa en que todos tenemos un alma que salvar. No hay respeto para

si mismo porque el decoro interior no existe. se vive en embriaguez de concupiscencia y se desciende en una pendiente de inmoralidad que llevará a la patria a la mayor ruina moral.

En todos los órdenes de la vida pasa poco más o menos, si analizáramos todas las actuaciones nos sentiríamos completamente desilusionados, no hay honradez, no hay responsabilidad moral, nadie siente amor a la justicia ni al deber. La indiferencia es como un velo mortuario que cubre los cadáveres en putrefacción. . .

Y es por ello que el Santo Padre clama ante la juventud femenina para que se enfrente ante tal desastre, y actué conforme a la moral evangélica y sea ella la que forme una nueva generación que salvará al mundo.

Ojalá que la Voz del Santo Padre no se pierda en el desierto, y que el Espíritu de San Francisco de Asís que salvó la cultura cristiana en la Edad Media se haga conocer y amar para que ese espíritu salve al mundo actual y volvamos por los senderos de la moral y la justicia.

Sara C. Vda. de Quirós.

Terciaria Franciscana.

La Mujer puede Salvar la Cultura Cristiana

Su Santidad el Papa Pío XII ha hecho un llamado a todas las mujeres del mundo católico, para que contribuyan a salvar nuestra cultura cristiana por medio de la firme profesión de su fe, y una práctica sincera de sus enseñanzas, no sólo en la vida social, sino también en la vida política. Deploró el Soberano Pontífice, ese sentimentalismo religioso de mera tradición que impregna el mundo moderno cristiano, recordando que las simples costumbres religiosas y las prácticas piadosas sólo tie-

nen valor "cuando despiertan, estimulan, mantienen y promueven una vida personal de verdadera y profunda fe".

El Santo Padre planteó este mensaje ante una audiencia de alumnas y ex-alumnas del Instituto de la Asunción de Roma, donde él, cuando era un joven sacerdote, sirvió de capellán durante varios años. Asistía la Madre María Juana de la Encarnación, Superiora General de las Hermanas de la Asunción que regenta el Instituto.

Al repasar la historia de la institución,

el Santo Padre recordó su lealtad al Pontificado; y evocó la memoria de su fundadora la Hermana María Eugenia de Jesús, mujer de sólida piedad, brillante inteligencia y voluntad firme. Los tiempos presentes, dijo el Santo Padre, son semejantes a aquellos en que la Madre María Eugenia fundó la Congregación de la Asunción, en 1839; a pesar de los cambios de un siglo, la sociedad marcha hoy hacia la misma ruina.

Son demasiadas las gentes que sólo piensan en el placer, continuó el Pontífice, y se abandonan a los goces y entretenimientos frívolos o licenciosos, al paso que otros, como en aquellos tiempos, substituyen la firmeza de la fe y la austeridad de la vida cristiana, con vagos sentimentalismos religiosos.

Poco antes de las revoluciones de 1848, el mundo se dividió en dos corrientes de pensamiento social, dijo el Papa: una, el espíritu de la clase media, que con derecho o sin él, se entregó a una vida cómoda, más preocupada de los placeres, y apenas medio atenta a las cosas de la religión; la otra, el fiero espíritu de una clase indignada ante las insoportables injusticias que oprimían los cuerpos, los corazones y la conciencia de los hombres, esa clase que levantó una revuelta en busca de reformas radicales, muchas veces sin detenerse a pensar si los medios que empleaba eran razonables o siquiera posibles. Ambas corrientes de pensamiento amenazaron con arruinar la sociedad por igual, amonestó el Santo Padre.

La Madre María Eugenia descubrió el mal que entrañaba ambas actitudes, nacidas de la falta de sólidos fundamentos en la educación intelectual, moral y religiosa de la juventud; se dió cuenta que aún entre las jóvenes había una ausencia total de genuina formación para la vida en sociedad, y comprendió que la cura del mal radicaba en introducir la enseñanza de la filosofía y de la religión en programas que antes sólo instruían en lenguas, literatura,

ciencias e historia; quería producir una cultura no de simple imaginación y sentimiento, sino aquella cultura que se levanta firme sobre los fundamentos de la verdad y de la fe, una cultura que modela en la mujer un carácter prudente, sabio, firme, activo, cristiano.

Estableció la Madre María Eugenia su programa educativo sobre dos puntos esenciales —continuó el Papa—: primero, unió la religión a la vida de cada día, eliminando especialmente toda disonancia entre la fe, y su práctica en la vida pública; en segundo lugar, inculcó en las mujeres una fe viva e ilustrada, muy lejos del vago sentimentalismo religioso que da el simple hábito o la piedad heredada.

“Sin duda alguna —fueron sus palabras— las costumbres religiosas, las prácticas piadosas son de gran valor, pero sólo cuando de generación en generación despiertan, estimulan, mantienen y promueven una vida personal de verdadera y profunda fe. ¡De qué sirven las espléndidas iglesias, casas de Dios entre los hombres, sino son capaces de levantar el espíritu del hombre, verdadero templo de Dios!”.

La edad presente sobrepasa a todas en progreso material y en ingeniosas manifestaciones de la ciencia y de la técnica; sin embargo, en qué catástrofe se ha hundido, en qué abismo ha precipitado a la humanidad, —exclamó el Santo Padre. Hay muchas causas que determinan la triste condición de la sociedad de nuestro tiempo, mas la culpa principal pesa sobre los que deli-

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada Joyería, donde encontrará Ud.: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para navidad

beradamente separaron a la religión de la vida, y suprimieron la religión de todos los campos de la actividad humana.

La importancia de la educación de las jóvenes—afirmó el Santo Padre— estriba en formar en ellas una fortaleza de la fe capaz de igualar las demandas de la hora

presente. La historia nos enseña que la fe de la mujer salvó a la Francia Católica durante la Revolución. Hoy, la mujer católica debe salvar y conservar la cultura cristiana, salvando y conservando la práctica y la profesión inquebrantable de su fe, con la palabra, y con el ejemplo. De "Unión"

Por el Dogma de la Asunción

Ciudad del Vaticano.— (NC). — El Vaticano ha confirmado que Su Santidad el Papa Pío XII ha pedido a los Obispos del mundo entero que comuniquen a la Santa Sede su opinión personal y la de los fieles de sus jurisdicciones, sobre la posible definición de la Asunción de la Santísima Virgen María, como dogma de la Iglesia.

Dícese que a principios de Mayo se despacharon los documentos pontificios que consultaban el parecer de la Jerarquía y los fieles. Asuntos de esta naturaleza por lo regular se tratan en forma confidencial, mas en este caso el Vaticano ha dado su confirmación pública.

Si el Santo Padre pondera que es propio y bueno hacer la proclamación, fundado en consideraciones de diversa naturaleza, será dogma de la fe el reconocer que el cuerpo de la Santísima Virgen fué llevado al cielo. De proclamarse así, la doctrina de la Asunción sería el primer dogma definido desde 1370, cuando se confirmó la infabilidad del Papa en materias de fe y de moral.

La doctrina de la Asunción fué considerada por el Papa Benedicto XIV a mediados del siglo XVIII como "una opinión probable, cuya negación sería impía y blasfema". La Asunción ha sido creencia explícita de los católicos por lo menos durante 1.500 años, desde que la enunció en el Concilio de Calcedonia en 451, San Juvenal de Jerusalem.

No se conoce con exactitud el lugar de la muerte de la Virgen María; la mayoría

de los mariólogos estiman que murió en Jerusalem, otros dicen que en Efeso.

Jáen, España— (NC). — El prelado de la Diócesis de Jáen Excmo. Monseñor Rafael García y García de Castro, pone de relieve en reciente pastoral, el lugar preeminente que España ha ocupado en el movimiento asuncionista.

España ha dedicado al misterio de la gloriosa Asunción de la Virgen María, entre otros templos, las Catedrales de Jaen, Toledo, Sevilla, Valladolid, Burgos, Astorga, Barbastro, Ciudad Rodrigo, Cartagena, Córdoba, Gerona, León, Lugo, Madrid, Mallorca, Mondoñedo, Osma, Pamplona, Plasencia, Santander, Segovia, Segorbe, Tudela, Tuy, Urgel y Victoria, además de la iglesia colegial de Santa María en Catalayud, escribe Monseñor García al citar la obra del doctor Alastruey "Tratado de la Virgen Santísima", editada por la Biblioteca de Autores Cristianos. Recuerda que la fiesta de la Asunción se celebraba en España ya en el siglo VI.

En el Congreso Mariano efectuado en Sevilla en 1929, los Obispos de España, Portugal y la América Española, pidieron a Su Santidad el Papa Pío XI la definición dogmática de la Asunción.

"Llegamos hoy —agrega el Prelado— a un momento culminante en el desarrollo de lo que hasta ahora solamente es creencia del pueblo cristiano, y verdad secularmente defendida por la Iglesia.

"Su Santidad Pío XII, felizmente reinante, se ha hecho eco de esta creencia y de tan santos anhelos. Será él quien tenga

la dicha inefable de definir como dogma esta verdad?, propone al concluir Monseñor García

Ottawa, Canadá. — (NC). — Sus Eminencias los Cardenales James Mc Guigan, Arzobispo de Toronto, y Rodrigo Villanueva, Arzobispo de Québec, en sendos documentos han expresado la esperanza de que pronto se declare dogma de la fe la Asunción de la Santísima Virgen María.

El Cardenal McGuigan, al evocar las ceremonias que en Roma le confirieron la posesión de la iglesia titular de Santa María del Pueblo, escribe: "Expresé entonces la confianza de que así como las apariciones de Lourdes habían confirmado la doctrina de la Inmaculada Concepción, de la misma manera las apariciones en Fátima prepararían el camino hacia la definición solemne del dogma de la Asunción de la Santísima Virgen, Reina de los Angeles y de los Pueblos. Mi anhelo encontró ma-

ravillosa resonancia en la Ciudad Eterna. La prensa local comentó mis palabras, y sabios teólogos se acercaron para confirmarse el creciente movimiento que calladamente apoya esta definición".

Recordó además que la Jerarquía de Inglaterra también se ha dirigido a la Santa Sede en petición similar.

En Québec, el Cardenal Villanueva, al agradecer las oraciones que sus fieles ofrecieron por su salud, concluía; "Os exhortaría la Biblioteca de Autores Cristianos al amor sobre todas las cosas al Sagrado Corazón de nuestro Divino Redentor, y con verdadera ternura filial, al Inmaculado Corazón de María. Alegrémonos también en la fiesta de la Asunción, que el Santo Padre Pío XII espera proclamar pronto como dogma de fe; pidamos, finalmente, a la Reina del Mundo que interceda por la paz entre los hombres".

San Antonio y la Asunción de la Virgen

(Tomado de la Revista "El Pan de los pobres", año de 1895. — N° 295)

Hallándose el Santo en Tolosa, el día 14 de Agosto de 1225, debía leerse en el Coro el Martirologio de Usuardo que de la Asunción de la Virgen decía: "La Iglesia no ha manifestado su parecer sobre la Asunción corporal de la Virgen. Prefiere una prudente reserva ante que adoptar leyendas frívolas o apócrifas".

Herido San Antonio por este dicho de Usuardo sobre la Asunción corporal de María Santísima no quiere asistir al coro por no dar tácito asentimiento al Martirologio; pero por otra parte tampoco quiere desobedecer a la campana que llama a un acto de comunidad. Cuando más atormentado estaba con estas dudas, se le apareció la Inmaculada, y le dijo: "Ten la seguridad, hijo mío Antonio, de que este cuerpo, que mereció ser el arca viva del Verbo encarnado, fué preservado de la corrup-

ción y de ser pasto de los gusanos. Ten también la seguridad de que, al tercer día, fué transportado en alas de los Angeles a la Diestra del Hijo de Dios, en donde tengo mi trono". De este modo quedó San Antonio entusiasmado con el misterio de la Asunción de la Virgen María; y cuando la Iglesia defina esta verdad, su nombre aparecerá entre los principales defensores de este misterio. En el Vaticano se presenta en un mosaico este pensamiento. La iglesia de Oriente está representada por San Juan Crisóstomo y la de Occidente por San Francisco y San Antonio de Padua.

En el mosaico de Santa María la Mayor figura San Antonio como testigo predestinado y heraldo oficial del misterio de la Asunción. No merece menos el que en sus sermones propagaba esta verdad y el que es autor de la devoción de las Tres Avemarías en honor de las tres purezas de la Madre, siempre Virgen, de Dios.

Gabriela Mistral

la poetisa del dolor y de la ternura gana el Premio Nobel

GODOY Alcayaga, oriunda del Valle de Elqui, que ha hecho célebre su seudónimo de Gabriela Mistral, al recibir con toda justicia el Premio Nobel de la Literatura para 1945, ha hecho fijar los ojos de la cultura mundial en este país, al que antaño se le negaban los privilegios de la poesía y sólo se le conocía por sus historiadores y sus estadistas. Hoy, más que nunca se justifica el nombre honroso con que se le ha venido llamando, Gabriela de América, por cuanto ella ha conquistado con su obra poética, por primera vez para la América Latina, el premio literario instituido por Alfredo Nobel,

Este gran honor nos llena de justo orgullo: desde hoy la mujer chilena ya no sólo será alabada por su belleza, sino también por su talento. Pero también es motivo de congratulaciones para nosotros el que la ilustre poetisa sea a la vez una mujer católica que proclama su fe sin perjuicios de respeto humano.

La autora de tan bellos poemas bíblicos fué entrevistada hace unos veinte años en su residencia de la calle Huemul, por otra poetisa, María Monvel, y cuando ésta, al leer estos poemas, le decía: "Está usted todavía más mística que antes", Gabriela le contestó: "Mi misticismo era sentimental. Ahora soy católica", Más adelante la

conversación se desarrolla en este diálogo:

—¿Cómo fué el hacer de su espíritu místico un espíritu católico? Con García Oldini, hace poco, comentábamos este nuevo temperamento suyo, Oldini lo atribuía a su estada en Galicia. Mi marido creía que Estados Unidos...

—¡No, no! España. Sí... algo... También Italia, todo. Yo era mística. Soy ahora católica y más aún pertenezco a la Orden Tercera de San Francisco. Los campesinos de España son católicos en forma maravillosa. La gente allí es extraordinaria. La santidad no es escasa... Influyó en mí.

—Por supuesto que Ud. acepta todos los dogmas católicos. Porque Ud. en este camino no puede ser una creyente tibia.

—"Todos... todos".

Tal es la confesión explícita de Gabriela Mistral hecha no en secreto, sino en una entrevista para **Zig-Zag**, es decir para el público culto del país.

Desde estas páginas modestas rendimos, pues, nuestro homenaje sin reservas a la ilustre autora de "Desolación", "Tala" y "Ternura". Hoy los niños y los campos de Chile están de fiesta.

F. D. G.

De "El Heraldó Seráfico"

Querer es poder...

Esta frase está hecha para aquellos espíritus que no se sienten jamás esclavos de su debilidad. Es como fuego que calcina la voluntad, para obligarla a la conquista de todo cuando quiere y espera.

El carácter se temple en el yunque de las adversidades, sintiendo el poder de las fuerzas negativas. Cada fracaso constituye un nuevo estímulo para proseguir en la obra de la renovación y del triunfo.

Hundirse en el desaliento es aceptar anticipada y definitivamente la derrota. El entusiasmo debe ser el factor de la voluntad; to-

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA UD. EN LA

Tienda de DON NARCISO

da acción debe llevar el sello del optimismo.

El ideal humano debe ser este; desear una cosa y conquistarla, pese a todo obstáculo; a trueque de todo sacrificio que pueda sangrar las fibras más íntimas del corazón.

Solamente la lucha engrandece la vida, porque es su exigencia virtual. Sin combate no hay victoria, sin dolor no hay alegría.

Los grandes hechos, orgullo de la Historia,

fueron productos de grandes voluntades.

La acción tenaz llega a la meta, y sólo el pesimismo engendra el fracaso. Colón, Bolívar, Magallanes: he ahí unas cuantas excelentes voluntades.

Su lema fué siempre: querer, querer, y culminaron en el triunfo, engrandeciendo a la Humanidad.

Alma Fuerte.

La Oración en Familia

La familia cristiana.—¿Qué cosa tan hermosa, tan delicada, tan íntima es la familia cristiana! Pero notémoslo: la familia cristiana. ¡Grande es la fuerza de este adjetivo cristiana!

La familia sin Jesucristo.—La familia sin Jesucristo es la hermosura destrozada, es la delicadeza atropellada, es la intimidad violada. Y una familia sin oración en familia, creo yo, sin duda, que es una familia sin Jesucristo.

La familia ha sido siempre algo sagrado.—Los vínculos amorosos de la familia han sido mirados por todos los pueblos a través de la Historia con religiosa veneración. El hogar en su calor, en su alegría, en su seno íntimo, en su bullicio infantil y en su reposo, en esa su mezcla y unión única de inocencia de niños, de juventud de hijos, de madurez y seriedad de padres, de venerable autoridad y cariño de ancianos es, sin duda, el cuadro más hermoso que ofrece la vida humana en la tierra, todos fundidos en uno por el amor y el calor de la familia.

La familia es algo de tal hermosura y delicadeza y tan fundamentalmente bueno, que el espíritu del mal lo odia y envidia y combate como por instinto; pero que Dios mira con predilección de ideal precioso de su genio creador. La familia humana es la creación más primorosa de Dios.

La familia es espontáneamente cristiana.—Dijo Tertuliano que el alma humana es naturalmente cristiana. Con mayor verdad podría afirmarse que la familia es co-

n.o espontáneamente cristiana. Hay en el alma del hombre una mezcla y lucha extraña de tendencias buenas y malas, un pujar hacia arriba y un desfallecer hacia abajo, que significó bien el que dijo: **veo lo mejor y lo apruebo; pero sigo lo peor.**

En la familia la tendencia hacia el bien es más fuerte. El padre, vencido por un vicio, quiere de ordinario y procura que su hijo no siga sus extravíos. En la familia todos se desean y procuran ser mejores. Pero, en verdad, ni la familia ni el individuo pueden llevar a realidad su deseo y tendencia al bien moral sin el auxilio de la gracia de Jesucristo.

Jesucristo, centro y Rey de la familia.—¡Qué triste es el alma del hombre que no tiene fe en Jesucristo! ¡Qué desolador y amargo el cuadro que ofrece a lo largo de la vida una familia donde se desconoce, aunque no sea sino prácticamente, a Jesucristo! Lope de Vega escribió esta soberana quintilla: "Grandes tristezas hallé—En unos ojos sin luz.—Pero otras mayores sé;—Las de un corazón sin fe.—Las de una tumba sin cruz". —Pues aún son sin comparación mayores las de una familia sin Jesucristo. Es esa desgracia horrible en los niños y en los ancianos, en los padres y en los hijos.

—Jesucristo es el centro, es el Rey de la familia. El, siendo Dios, la sublimó, haciéndose hombre en el seno de la familia de Nazaret, él bendijo con su presencia las bodas de Caná, él devolvió al matrimonio su firmeza y su dignidad y lo sobrenaturalizó en el Sacramento, él se atrajo a su se-

no y reclamó para sí a los niños en regalada predilección de amor, él devolvió la alegría a la familia de Marta y María, resucitando a su hermano Lázaro; a la de la viuda de Naín, resucitando a su hijo; a la de Jairo, resucitando a su hija y a otras mil; sanando sus enfermos y remediando sus necesidades. El celebró su pascua y sus más sublimes misterios en el cenáculo de una familia, donde se dijo la primera misa y se ordenaron los primeros sacerdotes, que fueron los apóstoles. ¿Qué significa todo esto, sino el río inagotable de gracias que anhela derramar Jesucristo en el seno de las familias? Si de él se dijo que sus delicias eran estar con los hijos de los hombres, no cabe duda que sus delicias son, sobre todo, reinar bienhechor en el seno de las familias, hacerse presente en medio de ellas cuando toda la familia se reúne y le llama y convida con la dulce música de la oración en familia.

El Sagrado Corazón Rey de las familias.—La devoción al Sagrado Corazón tiene una manifestación delicada y espléndida en la consagración de las familias al Sagrado Corazón, en la entronización del Sagrado Corazón como Rey en el seno del hogar cristiano. Penetrad en la casa. En el vestíbulo o en la mejor pieza de ella en sitio de preferencia preside el hogar el Sagrado Corazón, y una lamparita roja, siempre encendida, es el centinela que hace la guardia. Su fuego es el símbolo del fuego vigilante de las lámparas encendidas a Cristo Rey en los corazones de todos. Sin sentir os vendrán allí a los labios aquellas palabras de la Iglesia: **Paz en esta casa para todos los que viven en ella.**

Pero acaso es esto sólo? No esto es muy poco con parecer mucho. Esa estatua y esa lamparita podrían ser sólo un objeto nuevo, de moda. Y aun más, aunque parezca duro. Ese Rey, **un Rey destronado**, y aun

¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- * ALIMENTACION ADECUADA ;
- * VESTIDO APROPIADO ;
- * CASA CONFORTABLE
- * ATENCION MEDICA ;
- * EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

BANCO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924

un Rey de burlas, como el de Pilato. ¿Cómo? me preguntáis. Si la vida que allí se vive es una vida frívola, una vida que no puede llamarse cristiana. Aquello es la fórmula, la realidad ha de ser la vida cristiana. ¿Cuándo reina de verdad Cristo en el hogar, sino cuando las costumbres del hogar son dignas de Cristo? El tiene el centro, allí él manda, allí todos han de hacer lo que él quiere; **Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.** Familias que entronizáis a Cristo en vuestro hogar: Nada ha de haber en vuestro hogar indigno de Cristo, ni de hecho, ni de dicho, ni siquiera de simple pensamiento advertido. ¿Esto es mucho? Y tanto, como que no lo podemos realizar si no lo pedimos, si no **oramos.** La familia no puede ésto si no hace, y muchas veces, **Oración en familia.**

El Rosario en familia.—Cristo reinará en la familia si los niños rezan delante de él las primeras oraciones al levantarse y al acostarse, si dan así los buenos días y las buenas noches, no sólo a sus padres, sino, antes que todo, a Cristo, Rey de la familia. Cristo reinará en la familia si la familia reza y bendice la mesa y pide y da gracias a Dios por el **pan nuestro de cada día**, como Jesús nos lo enseña en el Padre-

nuestro. Cristo reinará en la familia si se le saluda al entrar y al salir de casa con una breve oración o siquiera con una jaculatoria ó un saludo de cortesía. Pero yo estoy seguro que Cristo reinará en la familia que **todas las noches reza reunida el Rosario en familia.**

Toda la familia reunida ante el Sagrado Corazón. Todos con su rosario en las manos, fortísima arma, llave del cielo, prenda muy segura de predestinación. Y el jefe de la familia que dirige el murmullo sublime de los Padrenuestros y Avemarías del Santo Rosario. El suave recuerdo de los principales misterios de la vida, pasión y muerte de Jesucristo y de la Virgen María. La lamparita fulgurando su roja luz a los pies del Divino Corazón. Los cielos abiertos sobre ese hogar de bendición. Los ángeles de Dios bajando y subiendo como por la escala de Jacob. El calor de Dios derramándose en gracia en todos aquellos dichosos corazones que, como en la tierra todas las noches, así lo estarán juntos, reunidos, felices eternamente en el cielo.

C., s. J.

Con las licencias necesarias.

El Cura de Ars y su retrato

La primera vez que el venerable Cura de Ars vió su retrato puesto a la venta, dijo a la vendedora en tono áspero, muy contrario a su carácter?

—¿Por qué vendéis eso?

La pobre mujer, que conocía sus buenos sentimientos, contestó:

—Si queréis, señor cura, que nos arruine-mos, no tenéis más que prohibirnos la venta de vuestro retrato; pues todo el mundo lo quiere, y es lo único de que sacamos algún beneficio.

—Después de todo, ya que pintan al

Diablo, ¿por qué no han de pintar mi retrato?

Al siguiente día, al pasar por aquel lugar preguntó:

—¿Cuánto vale esto?

—Cinco, diez o quince céntimos, según el tamaño.

—¡Oh, pobre cura de Ars!—exclamó.—¡Ya se vende por cinco céntimos; eso es lo que tú vales.

"De Unión"

Doña Celina Beer vda. de Aubert

Profundamente sentido por sus numerosas amistades y familiares ha sido el fallecimiento de la bondadosa señora doña Celina Beer Vda. de Aubert. De carácter dulce, su gran corazón la hizo acreedora al cariño de todos los que tuvieron la dicha de admirar sus virtudes, caritativa, humilde, generosa, su boca sagrada pues jamás

hablaba del prójimo sino para reconocerle sus bondades. Sus hijos la querían porque fué una madre muy amorosa. Para sus hermanas y hermano siempre fué su consuelo en las penas. A todos damos nuestro más sentido pésame por tan irreparable pérdida. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de doña Celina.

Doña Ester Valenciano de Delgado

El 8 de Dobre. descansó en la paz del Señor, confortada con los Santos Sacramentos la virtuosa Sra. Dña. Ester Valenciano de Delgado, después de una larga y dolorosa enfermedad soportada santamente. Enviamos nuestro sentido pésame a su hermano

el distinguido Canónigo, Cura de la Merced, don Rosendo de J. Valenciano y a sus hijos y demás familiares. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de doña Ester.

Doña Eulalia Facio vda. de Zamora

Como es la vida es la muerte... Lalita como cariñosamente la llamábamos, después de una larga existencia consagrada a Dios y a hacer felices a los suyos, descansó dulcemente en la paz del Señor, confortada con los Santos Sacramentos y todas las bendiciones que merecen los que han trabajado desinteresadamente en bien de las obras de la Iglesia y de sus prójimos. Dama inteligentísima, de una piedad admirable, de una fé digna de imitarse. Modelo de esposa, de hermana, de amiga... Comprensiva de toda labor social, cuántas veces nos envió artículos para reproducirlos en Revista Costarricense, nos decía: esto hará mucho bien, publíquelo; hay que trabajar mucho, la Buena Prensa es muy agradable a Dios y hay que apo-

yarla en todo sentido, lástima que no lo comprendan quienes más debieran comprenderlo... pues si se dieran cuenta la apoyarían con entusiasmo y no verían esa labor con tanta indiferencia. Continúe luchando, nos decía, Dios la bendecirá. Ochenta y dos años de vida, era muy justo que el Buen Dios se la llevara, así lo deseaba ella, para ir a descansar eternamente con los suyos en el cielo. Roguemos por el eterno descanso de su alma, o más bien pidámosle que sea nuestra intercesora. Para toda la familia doliente enviamos nuestro sentido pésame y muy especialmente a nuestra querida amiga doña Rosarito Brenes Vda. de Facio.

Sara Casal Vda. de Quirós.

EL ESCAPULARIO

I

Antonio y Francisco eran paisanos y amigos íntimos desde la niñez. Uno y otro fueron educados por su padres en el santo temor de Dios, si bien Antonio se pervertía mientras Francisco adelantaba cada vez más en el buen camino, acrecentándose en su corazón el amor filial que a la Virgen del Carmen profesaba. Sin embargo, su amistad, lejos de entibiarse, si no disminuía en Antonio, aumentaba en Francisco, que cuanto más lejos y apartado del camino de salvación veía a su compañero, más procuraba con su cariño acercarle a él.

II

La compañía en que Francisco y Antonio se encontraban iba a la vanguardia. La orden de comenzar el ataque se había recibido, y los soldados, llenos de ardor bélico y empapados en el santo amor de la patria, esperaban la señal del jefe para descargar sobre el enemigo.

Cuando el oficial gritó: ¡Preparen! Francisco se santiguó, y sacando el escapulario del Carmen que su madre le dió al salir, y que llevaba siempre consigo, le besó con devoción y se lo puso sobre el uniforme.

Antonio, que estaba al lado, se echó a reír.

El oficial agitó el sable y gritó: "¡Apunten..." y un momento después: "¡Fuego!"

Francisco dió un paso atrás. Un sargento le empujó hacia adelante. Entonces el muchacho volvió la cabeza, y murmurando: "¡Virgen del Carmen! ¡Madre!..." disparó.

Un estruendo infernal, mezclado con los silbidos de balas que caía sobre los soldados, aturdió los oídos de Francisco. En medio del estruendo una voz ronca gritó: ces disparó otra vez. De repente oyó un grito terrible; volvió la cabeza y vió a su

"¡Adelante, muchachos adelante!" Entom-amigo Antonio, al que pocos momentos antes se había reído, caer envuelto en una nube de humo, al mismo tiempo que un torrente de sangre brotaba de su frente.

III

La iglesia del pueblo de X... se había convertido en hospital. Tres filas de enfermos tendidos sobre mantas y colchones, y arropados con sábanas, colchas y colgaduras, ocupaban la nave. A cada momento llegaban heridos, que esperaban a que la muerte vaciase un lecho para poder ocuparle. Las Hermanas de la Caridad, los sacerdotes, médicos y practicantes iban y venían sin poder atender a sus ocupaciones. De vez en cuando los soldados, con un cadáver todavía caliente y envuelto en una sábana, cruzaban silenciosos y salían fuera de la iglesia. Todo era confusión. En un sitio se veía un sacerdote inclinado sobre un enfermo y ayudándole a bien morir. En otro un doctor y dos practicantes operaban a un enfermo que lanzaba gritos desgarradores. De los heridos, unos se revolvían desesperados, otros se quejaban dulcemente; aquí rezaba uno, y al lado juraba y blasfemaba otro. Y las Hermanas de la Caridad y los sacerdotes corrían por todos lados repartiendo consuelos y esperanzas.

En la puerta apareció Francisco con el semblante lívido y desencajado y el uniforme hecho jirones. De uno de los extremos de la iglesia salió un grito:

—¡Francisco!

Este se adelantó. Un médico pasó a su lado, y cogiéndole por un brazo le llevó donde estaba el enfermo.

—¡Francisco! dijo éste, ¿no me conoces?

—Antonio!

Verdaderamente estaba desconocido. Su rostro pálido y hundido, sus ojos bri-

llantes rodeados de un círculo morado, la boca contraída y el pelo revuelto, no daban idea del verdadero Antonio.

Francisco se avalanzó a él, y estuvieron largo rato abrazados. El médico le separó, diciendo:

—Apartaos, no le convienen las emociones.

—Al menos, respondió Francisco, dejadme un momento solo con él. Quiero y necesito hablarle. ¿Se ha confesado?

—No ha consentido que se le acerque un sacerdote.

—Dejadme con él

El médico se retiró, y Francisco, con voz dulce y cariñosa, pero con tono de súplica y de mandato, dijo sacando el escapulario y mostrándolo a su amigo:

—Antonio, amigo mío, ¿me permitirás que te lo ponga?

Antonio le miró, y una sonrisa agitó sus labios, al mismo tiempo que de sus ojos se escapaba una lágrima.

—Pónmelo, Francisco, dijo.

Este se lo puso, y sentándose a su lado le habló en voz baja.

Le recordó los tiempos en que eran pequeños y, por consiguiente, felices, amigos de la Virgen, como ellos decían, y en los que la amaban como hijos. Cuando al anochecer rezaban juntos el Rosario, y al acostarse pedían a la Virgen del Carmen les concediese una buena noche. Cuando la rogaban por sus padres, por sus pobrecitos

padres, que tal vez habrían muerto de pena al saber que sus hijos olvidaban lo que ellos les había enseñado... Antonio no le dejó continuar. Su corazón latía fuertemente, sentía presión en las sienes, un sudor frío recorrió su cuerpo...; era el reflejo de lo que pasaba en su alma, el despertar de un amor aletargado en el vicio, pero nunca muerto. Las palabras de Francisco removieron las cenizas que en su corazón quedaban del amor que a la Virgen había profesado, haciendo brotar con más fuerza, con más vigor, más brillante y abrazadora que nunca la llama de aquel amor que su corazón algún día había alimentado. Arrojóse en brazos de su amigo, derramando el dulce llanto del arrepentimiento, cuyas lágrimas se confundían con las que Francisco vertía de placer al contemplar a su amigo otra vez en el buen camino.

Poco después Antonio se había confesado y oprimía contra su pecho el escapulario de Francisco, que de rodillas ante un altar de la Virgen del Carmen la daba gracias y pedía por la salud del cuerpo de su amigo, ya que la del alma se la había concedido.

Algunos días más tarde, Antonio, convaleciente aún y muy débil pasaba al hospital acompañado de Francisco, que no le abandonó hasta que, curado por completo, pidieron la licencia, volviendo a su pueblo, donde vivieron dichosos.

BATURRADA

Pasaban dos baturros por delante de la gran fuente que había antes en la plaza de la Independencia en Zaragoza. Sobre ella se levantaba una magnífica estatua a Neptuno. Al verla uno de ellos, le dijo al otro:

—Miá, chiquio, a nuestro Padre Adán. Quiá, hombre, quiá; ese no es nuestro padre Adán, sino Neptuno.

—Güeno, güeno, lo mismo dá; pues al fin y al cabo los dos fueron apóstoles.

III

Unos meses después el Gobierno concedió a Antonio una cruz, que él desechó diciendo: "Mi mayor blasón está aquí;" y sacando el escapulario del Carmen se lo colocó sobre el pecho, donde lo llevó siempre, paseándolo con orgullo por todas partes; y es fama que recibía los dictados de tonto y loco por llevar la imagen de la Virgen en el pecho.

NOVELA

turbación se asentaba en el triste hecho de saber desamparada y pobre a una jovencita que, fuese o no de su sangre, hija o no del difunto había perdido momentáneamente un hogar, un cariño y el pan de cada día.

Y esto, q' demostraba bien a las claras q' lady Harwing tenía un corazón muy "de mujer", todo ternura y sentimiento, hubo de reconocerlo también Marisefa Herrero, pese a la evidencia que había dictado sus revelaciones de aquella tarde.

Sí que había desgarrado con una espina la serenidad de un alma buena, pero ahora el remordimiento le escarabajaba en la conciencia, y junto a la nobleza y magnanimidad de lady Harwing sintióse bastante humillada.

Alegando una excusa plausible, lady Harwing se despidió de la embajadora y de sus invitados, bajó reposadamente la escalera ante la mirada inquisidora de Marisefa Herrero, que había acudido a despedirla, y se metió en su coche dando orden al conductor de que la llevase a Harwing House sin más rodeos.

Necesitaba estar sola; su conciencia delicada sentíase profundamente turbada y sorprendida ante las recientes revelaciones. María Teresa Olarriaga, como Freddy, sintió la urgente necesidad de reparar el daño causado por aquel inexplicable olvido del duque de Olarriaga. Cuando se encontró a solas en su cámara, maravillosa torre de marfil de sus intimidades, quiso lo primero, impulsiva y vehemente, escribir a Freddy para contárselo todo y, de acuerdo con él, generoso y gran señor, decidir algo a cerca de aquella muchacha desconocida o' se parecía de "un modo portentoso" a los Olarriaga, al decir de Marisefa Herrero; pero la reflexión hubo de poner freno a sus vehemencias. En primer lugar, ella ignoraba no sólo el paradero de su hijo, sino también la ruta definitiva que él y lord Dundley habían decidido seguir. La prudencia le aconsejaba esperar a recibir sus noticias a fin de no exponer a los azares de una dirección falsa una tan importante misiva. Después pensó que, en rigor,

lo que menos urgía era escribirle a Freddy, toda vez que, como hijo respetuoso y amante, daría por bien hecho cuanto su madre hiciese en aquel asunto de sentimiento y de conciencia. En cambio, precisaba ponerse en comunicación con su prima Carlota Márquez. No se atrevió a franquearse por completo en la carta que aquella misma noche escribió a la generala, porque también temió que sufriese una pérdida, dando por descontado que Carlota no estaba en Madrid; pero la insinuaba la necesidad de saber a punto cierto a qué sitio debía dirigirle una extensa carta, en la cual había de tratar con ella un asunto delicado y urgente.

Carlota Márquez recibió esta carta en Brujas, donde estaba con Sol en interesante peregrinación artística. Como la carta no aclaraba nada en concreto, la generala no pudo presumir que la Providencia salía al encuentro de sus planes para intervenir directamente en la vida de doña Sol. Mientras la dama leía, Sol revolvía entre los múltiples periódicos que llenaban la mesa de lectura del salón del hotel. Cogió al azar uno, escrito en francés, y pasó distraída los ojos por las notas de sociedad del extranjero y un leve gesto de sorpresa y de alarma frunció su frente al leer estas sencillas palabras: "Dicen de Londres que lord Harwing ha embarcado en Brighton en su yate *Volga* con rumbo a las Indias inglesas. Le acompaña lord Dundley y parece que se proponen realizar un largo crucero por el Pacífico, el Atlántico y los mares polares. Se asegura que no regresarán antes de dos años".

¿Por qué se sintió Sol tan hondamente contrariada? ¿Acaso no había salido de Olarriaga ante el temor de un posible encuentro? ¿Por qué, pues, no alegrarse de aquel viaje del Duque, prenda de tranquilidad para ella, que podía correr ya segura por toda Europa sin miedo a tropezarle?

Súbitamente sintió que en sus ojos se cuajaban dos lágrimas, las cuales se dió buena prisa a deshacer temiendo que algún indiscreto presenciase su emoción. Pero en el vasto

salón de lectura no había más que un señor calvo, viejo, gordo y pacífico que hundía sus ojos miopes sobre una revista ilustrada, y la generala, que, con la estilográfica entre manos, trazaba nerviosamente unas líneas sobre el papel. Si Sol hubiese cometido la imperdonable indiscreción de mirar a hurtadillas por encima del hombro de la generala, hubiera visto que la carta llevaba en su encabezamiento el nombre de María Teresa y que a este nombre seguían, entre otras, estas enigmáticas frases: "...de Brujas pasaré a Suecia, Noruega y el norte de Rusia, y de Petersburgo bajaré a Polonia, en cuya capital me espera mi sobrina Rosalía, que, como recordarás, casó con el conde Fadoyesky. Pero como todo este itinerario es todavía una cosa vaga, susceptible de las reformas hijas de cualquiera circunstancia, puedes, si te parece bien, escribirme a Vichy, donde iré a tomar las aguas con Pepa Royo, como todos los años, del 2 al 29 de setiembre".

Nunca sospechó Sol que aquellas líneas escritas por la generala con su escritura grande, clara y firme sobre una vulgar hoja de *block* timbrada con el aun más vulgar membrete de un hotel flamenco, iban a decidir su destino.

Un atardecer agosteño llegaron la generala, doña Sol y una doncella a la solitaria y grandiosa costa del Cantábrico. Habían dejado atrás la playa cosmopolita de Biarritz. vieron brillar los pueblecitos en el fondo de sus ensenadas, admiraron el contraste de ásperas cumbres montañosas y suaves prados alfombrados de césped y enfilando el mar que se descubría al fondo, fueron a desembarcar a la playa de guijo sobre la que se diseminaban hasta unas diez casas de pescadores, blancas, pintorescas, amplias y hospitalarias. Sobre una loma cercana, la ermita de un Cristo venerado, con su modesto campanil y el adorno de unos cipreses, pinos y hayas, perfilábase en el horizonte y apartada hacia la especie de herradura formada por una bahía, una casa con piso, a modo de *chalet* holandés, con los mu-

ros enguinaldados de hiedra, rompía la soledad de aquellos rincones.

El viejo automóvil de alquiler que la generala había tomado en Bayona después de un breve descanso en su peregrinación, caminaba con un ominoso ruido de herrajes descompuestos, con bascas y resoplidos del motor y un molesto zarandeo de las rotas ballestas, pero ni Sol ni la generala se enteraban, absortas como estaban en la franca admiración del panorama desde que salieron de Santander para adentrarse en la histórica y magnífica región asturiana. La verdadera víctima de la manía excursionil de la generala era la vieja camarera, Teresa Roca, que sentada junto al chófer (un francesote rubicundo y comunicativo), apretaba el maletín de su ama contra su pecho y se encomendaba devotamente a San Cristóbal cada vez que el desvencijado vehículo se lanzaba como una flecha por las ondulantes pendientes de la atrevida y pintoresca carretera.

Muy pasado ya Santander y dentro ya de Asturias, los nervios tirantes de la pobre Teresa parecieron aflojar su tensión al ver caminar el coche por una alta meseta de la costa, pintoresca y gaya en su verde lozanía; y cuando tras un suave y último descenso la carretera se adelantó cabe la playa de guijo donde se columbraban las casas de un menguado pueblecillo de pescadores, respiró ruidosamente, como debieron respirar los Santos Padres cuando vieron llegada la hora del Santo Advenimiento.

—Ya llegamos, Sol. — anunció sonriente la generala. — ¿Ves aquella casa de planta baja y despejada, que tiene dos árboles muy grandes a la puerta y está un poco apartada de las demás?

—¿Aquella donde hay una mujer sobre el portal haciendo pantalla con una mano sobre los ojos?

—Justo. La mujer es la señá Rosenda, nuestra huéspedes. Una buena mujer muy interesante, limpia, buena cocinera y amiga de complacer a sus alojados.

—¿Vamos a una fonda, entonces?

—No, de ningún modo. La Rosenda no es hostelera es una pobre viuda de un pescador

que murió hará unos diez años en una galera con dos hijos que tenían...

—¡Pobres...!

—...y se dedica en invierno a trabajar en las fabriquetas de conserva del pescado en el pueblo vecino, y en verano y otoño, a explotar la única herencia que le dejó el finado, es decir, la casa.

—Ya. ¿La alquila?

—Alquila series de habitaciones para familias que traigan servidumbre, y cuida ella misma de la cocina en caso de no querer los huéspedes preocuparse de ello. Como de nosotras. Observarás que sólo traigo a Teresa. Rosenda se encargará de nuestras comidas, con lo cual saldremos ganando.

—¿Y estaremos solas, cree usted? — insinuó Sol con cierta ansiedad.

—Completamente, de seguro. Todo lo más tendrá hasta fines de agosto a Giuseppe Faglinio, un señor italiano que tiene el capricho de venir todos los veranos a pintar tablitas. El resto de la gente con quien te encontrarás, serán las familias de los pescadores, el médico, el cura y acaso el maestro de ese pueblo cercano que acabamos de atravesar, y quizá alguna familia alemana, checoslovaca o belga que tenga alquilada aquella casa de piso. Ya te he dicho que la playa de la Rocosa es una playa tranquilísima, de lo más indicada para personas como nosotras, un poco desengañadas de la comedia social y un mucho amigas de penetrarse con la Naturaleza y de vivir cómodamente unos cuantos días. ¿Ves? Ya nos ha conocido la Rosenda... ¡Eh!... Buenas tardes...

Y la generala sacudía su minúsculo pañuelo mientras el automóvil dejaba la carretera para entrarse con mil precauciones en el terreno arenoso, dentro del cual se hundían sus ruedas.

—¿Ha observado usted que no se ve gente, tía Carlota? ¡Qué cosa tan extraña, con lo curiosos que son en los pueblos!... ¡Parece cosa de encantamiento!

—No: tiene su explicación. Las mujeres están trabajando en el escabeche y los hombres andan enfrascados en la costera del bonito. En este momento las barcas deben estar mar aden-

tro. Al oscurecer, si te interesan las costumbres rurales, disfrutarás presenciando el regreso de la pesca. Es interesante.

El mar era una lámina argentada y magnífica que apenas se rizaba levemente a impulsos de una brisa suave; el cielo se mantenía azul, estriado por ligeras nubecillas blancas.

Sol, deslumbrada, se extasiaba en la contemplación del paisaje infinito, sintiendo el encanto de aquella grandiosa soledad donde parece resonar el eco de voces maravillosas y desconocidas hablando en lenguaje sublime. Cuando el *auto* desvencijado les hubo dejado a la puerta de la casa de Rosenda y se alejó espléndidamente gratificado por la generala, Sol cruzó los amplios umbrales de la casona en seguimiento de su tía. Teresa continuaba apretando sobre su corazón el maletín. La generala preguntaba a la huésped si había ido aquel verano el señor Giuseppe.

—¡Ah, sí! Sí que estuvo, señora Condesa — asintió Rosenda cordialmente; — pero se fué el viernes pasado porque le enviaron a llamar de su país con un telegrama. Este año están ustedes solas, señora Condesa, porque la señora alemana que venía siempre por el mes de junio, murió la pobre. Santa gloria haya Amén.

—¿De veras? ¡Pobrecita!... ¿Oyes Teresa? Ha muerto la señora alemana. Esta noche le aplicaremos el rosario. Recuérdamelo.

—Si, señora Condesa.

Y volviéndose a Sol, que oía en silencio, explicó brevemente:

—Era una señora cultísima y muy piadosa. Desde la guerra vivía en Madrid.

Habían entrado en el gran cuarto someramente amueblado que Rosenda había preparado para Sol. La muchacha quedó extasiada del panorama deslumbrador que la grandísima ventana descubría y sus ojos expresaron el entusiasmo. La generala sonrió contenta. Había mucha diferencia de la joven seria, aburrida, melancólica y enfermiza que arrancó ella de la casita de don Roque en un día de incipiente primavera, a esta mujer del presente, fortalecida y animosa, que había recobrado el equilibrio físico y que acaso estaba acabando

de recuprar su ecuanimidad interior. Rosenda la miraba a hurtadillas siempre que podía, embobada al encontrarla tan guapota.

Pero la generala, ávida de saber, preguntaba sin cesar, estorbando la contemplación de la pescadora:

—¿Y la Casa Grande? ¿Está alquilada?

—No, señora Condesa, no está alquilada. Estuvo todo el invierno hasta primeros de mayo. Habían dos señores que tenían una canoa automóvil... pero en lo que va de verano no se ha visto movimiento de nada.

—¿Y el cura, es el mismo?

—Sí, señora; estuvo con pulmonía este invierno, pero sanó. Ya le dije que la señora Condesa llegaba hoy. Mañana vendrá, de seguro.

—Bueno, Rosenda, pues aquí nos tienes. Prepárate para contarle a la señorita, mi sobrina, todas las leyendas del país, sobre todo la de la bruja de Meira y la del Santísimo Cristo del Judío, porque has de saber que se perece por todas esas cosas.

—¿Pues no he de contar, señorita? — dijo Rosenda toda radiante, envolviendo a Sol en una mirada afectuosa. — Ya vendrán noches húmedas en que habremos de encender el fuego en el hogar y entonces le diré esas y otras "contarallas" y romances. Eso quiere cuando hay fuego y se hace corro alrededor de la chimenea. Y si quiere que la acompañe a la romería del Santísimo Cristo, que será el 19 de este mes, también lo haré con muchísimo gusto.

Sol premió la oferta con una gentil sonrisa, la cual llenó de gozo el afectuoso corazón de la buena viuda, a quien la generala, despidió afablemente con estas palabras:

—Bien; vamos a quitarnos el polvo del camino y a lavarnos un poco. Luego bajaremos a la ribera a ver la llegada de lanchas... ¿Están en la costera del bonito?

—Están, señora Condesa — asintió Rosenda

—¿Va bien?

—Muy bien. Aunque vinieron muchas lanchas vizcaínas; pero hay para todos.

—Me alegro. Conque ya lo sabes. A las ocho en punto será aquella riquísima sopa de

cangrejos que nadie en el mundo guisa como tú...

Y mientras le sonreía, la generala cerró suavemente la vieja puerta a cuarterones.

A la mañana siguiente se le pegaron las sábanas a doña Sol. Estaba tan rendida del ajeteo del viaje que cayó como un tronco en la ancha cama de matrimonio con dos colchones que la buena viuda la aderezara, y en toda la santa noche no cambió de postura durmiendo como un lirón. Cuando entró en el zaguán que servía a la vez de comedor, no muy despabilada aún, se encontró con que la generala no se le había anticipado cosa mayor, porque en aquel momento comenzaba su desayuno servido por Teresa, completamente vuelta en sí de los sustos de la vispera.

—¡Ah! ¿Te has levantado ya, querida? ¡No hacía cuenta de despertarte! Si tardas diez minutos más no hubieras encontrado ni rastro de mí. Anoche se me olvidó decírtelo, pero te lo diré ahora y es igual: en la Rocosa es ley que cada uno disfrute de la más completa independencia. No hay obligaciones de ninguna clase; cada cual campará, en consecuencia, por sus respetos. Hemos venido a descansar, a vegetar y a... bueno, a hacer el gandul. De manera que te pones el sombrero de piqué en cuanto te tomes las tostadas y el café con leche, sales a la puerta, te orientas, y giras hacia donde te acomode, que yo ya me arreglaré por mi cuenta. Con tal de que a las dos en punto estés a la mesa... Porque en esto de la exactitud soy de la opinión de Luis XIV. No en balde anduve entre militares toda la vida.

Doña Sol no se hizo repetir la orden. No le disgustaba hallarse un poco dueña de sí misma y a solas con sus pensamientos. En un gran bolso de cretona puso sus lápices, sus pinceles y sus colores; requirió la caja de pinturas, el sombrero y el relojito de pulsera y salió hacia la playa, cuya ribera recta formaba una pequeña ría en las inmediaciones de la casa holandesa.

Acababa de alzarse la brisa y el mar se ri

zaba como un abanico de pluma. En la playa había poco trajín. Unos hombres de bronce estaban carenando una barca. Sol se paró un momento a mirar la operación y los hombres la miraron a ella con un deslumbramiento tan sincero en la mirada que la hizo sonreír. Más adelante, dos viejos sacaban a rastras un lanchón. Eran dos verdaderos lobos de mar.

Sol, colocándose a cierta distancia, dejóse caer sentada en la arena y sacando de la caja un pedazo de papel "Canson" comenzó a bosquejarlos... A su derecha, en unas barcas tumbadas, dormitaban de bruces sobre el carel, dos o tres rapaces. Uno de ellos despertó desesperándose a hacerle cosquillas a otro que dormía profundamente sobre los paneles del fondo.

—¡Ay, María! — murmuró entre dientes el dormido, repitiendo inconsciente el grito de los marineros cuando sienten el tirón del aparejo.

El otro le zarandeó, diciéndole:

—Levántate en seguida y verás una señorita muy guapa que ha pintado en la playa.

Sol se echó a reír; llevaba ya el bosquejo muy adelantado, cuando se vió rodada de ocho o diez rapaces descalzos, con la boina en el cogote y las hirsutas greñas formando como una cornucopia a los rostros atezados, de mirar inteligentes y sonrisa cántida.

Hasta que concluyó su apunte les tuvo junto a ella, embobados, atentos, silenciosos... Se habían sentado a estilo moro, con las piernas cruzadas, y miraban a Sol con una atención casi religiosa.

—¿Es que no vais a la escuela? — preguntóles ella.

—No, no, señora... — respondió el más avisado — en la Rocosa no hay escuela y como Barqueros, que es el pueblo más cerca, está tan apartado...

—Y más que ahora, el maestro cierra la escuela y se va a su tierra — añadió otro.

—Entonces, ¿no sabéis leer? — preguntó nuevamente doña Sol.

—Sí, señora; antes venía un maestro a darnos lección, pero se fué a Santander esta primavera y dicen que ya no volverá. Nosotros le

pagábamos para que nos enseñara... ¡y era muy bueno...! ¡Y sabía más!

—¿Y vosotros salís al mar?

—Alguna vez, cuando la mar está buena, me lleva mi padre — dijo un muchachito rubio y fino —. Mi padre tiene una barca muy grande.

—Pues mi padre no quiere llevarme — añadió el que primero había hablado — y dice que si él pudiera, no sería yo marinero, porque siempre están en peligro. Se mueren muchos. El año pasado, cuando se acababa la costera del bonito... (ya se habían ido los vizcaínos) salieron todas las lanchas un amanecer y a las ocho de la noche aun no habían vuelto. Todo el pueblo se subió al monte para ver si aparecían las luces en el mar, pero el viento debió de apagarlas y zozobraron sin ayuda de nadie, señorita... ¿sabe usted? De quince lanchas volvieron dos; una fué la de mi padre, que se salvó de milagro.

—¿De milagro? — interrogó Sol, interesada por el sencillo relato del muchachuelo.

—¡Ya lo creo! Perdió el timón por dos veces; a la que hacía tres, gobernaba con un remo y el mar se lo llevó de un golpe. Con decirle a usted que habían llevado el borriquete al medio y había izado a proa la unción... Mi padre amaneció con un brazo sólo, y la barca hubo que repararla casi del todo. Como si fuera nueva la dejaron. ¡Es más hermosa! Y al día siguiente, los ocho marineros y los dos rapaces que se salvaron del temporal, fueron con todo el pueblo a la ermita del Santísimo Cristo del Judío...

—Es aquella ermita que está allí encima del monte — explicó otro —. ¿No la ve usted?

—Y mi padre y los demás que no se ahogaron iban descalzos y mandaron decir una misa y la oyeron de rodillas.

—Y todas las mujercas de los muertos y los rapaces que habían quedado sin padre, ¡lloraban más!

Sol sintió en un momento invadirle la honda tristeza que se desprendía de aquel sencillo relato infantil. Entre las cabecitas hirsutas había una que se abatió como al violento empu-

je de un golpe, tal vez para disimular su emoción.

—Este se quedó sin padre y sin hermano —dijo, señalándole, el niño rubio y fino...

Soledad miró compadecida al rapazuelo. Por sus mejillas flácidas caían lentamente dos gruesos lagrimones. La muchacha, con el corazón traspasado, se levantó vivamente y ya iba a marcharse cuando uno de los chicos la detuvo por un pliegue de su falda blanca de franela.

—¿Volverá usted mañana, señorita?

En los ojos ansiosos de los rapaces se leía una muda súplica.

—Volveré mañana... —dijo, tras una corta vacilación.

En la punta de la lengua les temblaba una pregunta que contuvo el respeto, pero Sol se dio cuenta de que algo más querían decirle. De todas formas, estaba tan afectada que no intentó prolongar la conversación.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al niño huérfano.

—Fernando —contestó muy bajito.

—¿Quieres venir conmigo y llevarme la caja?

El rapaz, por toda respuesta, cogió el leve bulto bajo el brazo y siguió sumiso a doña Sol, muy ajeno de que todo esto no era sino una estratagema de la señorita para poderle socorrer sin humillarle con una moneda de cinco pesetas que deslizó de su manecita bronceada al llegar a la puerta de Rosenda. Quedóse el chico mirando alternativamente a Sol y al duro, maravillado sin duda de la esplendidez de la donante, y al fin, lleno de gratitud, cogió la mano de la muchacha y la besó reverentemente. Pero lo que no supo Fernando nunca fué que aquel duro era el único capital de que por el momento disponía su generosa bienhechora; tal vez le hubiese servido de consuelo saber que aquella hermosa señorita era una huérfana que, como él estaba también a la providencia de Dios.

La generala y Rosenda la habían visto venir escoltada por Nando (así llamaban al muchacho en el pueblecito costero) y seguida a respetuosa distancia por los ocho o diez com-

pañeros del chiquillo. Ya humeaba la sopa de pescado en los toscos platos de loza barata sobre un mantel de lienzo casero perfectamente impoluto. La generala deslizaba suavemente un papel debajo del plato sopero de su amiga cuando ésta hizo su entrada en el amplio y acogedor zagúan donde Teresa, pulcramente vestida de azul marino, aguardaba el momento de hacer su servicio en pie, tras la silla de su ama.

—Apuesto a que ya has hecho amistades en este desierto, Sol —se echó a reír la generala.

—Los chiquillos se me han pegado como moscas, tía Carlota; supongo que será la curiosidad de verme pintar... He tomado un a punte estupendo... dos marineros viejos, verdaderamente lobos de mar...

—No es eso, señorita —terció Rosenda— es que la señora alemana, que de Dios goce, les tenía acostumbrados a contarles cosas bonitas y a enseñarles la doctrina y los pobres rapaces en cuanto ven a una señora acuden como ratón al cebo...

Sol no contestó... Pensaba que en todas partes hay trozos yermos en la viña del Señor y que tal vez su veraneo en las costas cantábricas diese frutos de apostolado en aquellos niños, ávidos de saborear el pan del saber. Esto sería también saludable distracción para su espíritu, atenaceado aún por el constante pensamiento de Freddy Harwing.

En esto había terminado su sopa y acudió Teresa a retirar su plato. Sobre el trozo de mantel que ocupara éste había un pedazo de papel doblado. Soledad le alzó mirando perpleja a doña Carlota que sonreía alentadora y, al levantarle, cinco billetes de cien pesetas cayeron revoloteando sobre el mantel; en el papelito habían unas letras grandes y claras. A Sol le pareció la escritura elegante de la generala, pero muy desfigurada. Las letras decían: "La Providencia nombra su tesorera a doña Sol para que durante su estancia en la Rocosa reparta caridades y beneficios".

Sol levantó hacia la generala sus ojos deslumbrados por el regocijo y húmedos por el reconocimiento.

—¡Oh, tía Carlota!... —comenzó a decir. Pero la generala, sin perder su sonrisa cordial, la atajó diciendo:
—Come y calla, tonta, que se va a enfriar el pescado.

XIII

Al día siguiente de la romería del Santísimo Cristo, Sol se encontraba tan cansada que no salió por la mañana a la playa; se levantó a las once y dedicó su tiempo a escribir a doña Margarita y al Cura. Al atardecer, cuando ya el sol empezaba a declinar camino del ocaso, satisfecha después de haber dormido una señora siesta, se fué en busca de los rapaces que debieran haberla aguardado vanamente por la mañana. Pero no vió ni rastro de sus menguadas personalidades. Tal vez estuvieran en el centro de los grandes grupos de viejos y mujeres que en la ribera avizoraban el regreso de los lanchones. El mar estaba calmo, con una grandiosa majestad en su quietismo, y sobre el glauco tapiz de sus aguas serenas se adivinaba ya deslizarse viento en popa hasta treinta o cuarenta embarcaciones: las de la Rocosa y los vizcaínos en amistosa mezcla camaraderil. Empezaba a refrescar la brisa. Sol se sentó tranquilamente sobre una peña que coronaba un grupo de acantilados, siguiendo con interés la pintoresca escena.

Pintaba ya el crepúsculo unos dibujos bermejotes sobre el diáfano azul del magnífico cielo de estío, cuando las barcas entraron en la pequeña ensenada de La Rocosa. La gente que había seguido en silencio expectante las peripecias del retorno, comenzó a gritar, a reír, a disputar... Ya sabían ellos que los pescadores traían bonito. El chapoteo de los remos en el lento acercarse de las barcas, tenía una nota profunda, solemne y triunfal, como una marcha ejecutada en *pianísimo* por instrumentos graves. Las mujeres preparaban los cestos escudriñando anhelos el semblante de los hombres. Embarrancaron al fin las barcas sobre el guijo de la ribera y, una vez más, Sol disfrutó viendo el conciliábulo de los patronos de las lanchas reunidos en grupo para fijar el

precio del pescado, el aire receloso con que les contemplaban los dueños de las fabriquititas de escabeche y la pasmosa celeridad con que las mujeres descabezaban y destripaban el bonito, lavándolo en el agua del mar antes de amontonarlo en los canastos.

Cuando toda aquella barahunda terminó y las transacciones dieron cabo, los grupos se dispersaron lentamente. Sólo quedaron las lanchas tendidas de costado como enormes ballenas en reposo y tres o cuatro viejos cargando parsimoniosos sus desconchadas y renegridas pipas... ¿De dónde salieron los rapaces, que doña Sol se los vió delante encaramados en la peña que a ella le servía de escalón, recortando sus menguadas siluetas sobre el cielo de sangre?

—Buenas tardes, señorita Sol —saludaron comedidos.

—¡Hola, granujillas! ¿Por dónde habéis subido, que no os he visto?

—A gatas por la peña —aclaró Nando.

La mano blanca, ahora un poco socarrada por el sol y el viento marinos, fué acariciando, una por una, las mejillas morenucas de sus amiguitos.

—Ayer no vino usted a la playa, señorita Sol —dijo el rubio y fino Doro (diminutivo de Doroteo).

—No, ayer no vine. Estuve de romería en la ermita del Santísimo Cristo. Hubo por la mañana una misa cantada muy hermosa, con sermón, y por la tarde subió mucha gente de Barqueros y de otros pueblos de la ribera y hubo baile y canciones, y todos cantaron los gozos al Cristo. Os he traído una medalla de plata a cada uno.

—¿Sí, señorita Sol? —preguntó Pedruco entusiasmado.

—Claro. No iba yo a echaros al olvido delante del Cristo milagroso. Aquí están; pero me habéis de prometer que nunca os acostaréis sin rezarle un Padrenuestro.

—Sí, señorita —prometieron todos.

—Muchas gracias, señorita.

—Que el Santísimo Cristo le dé a usted mucha salud y mucha suerte, señorita.

Era Nando, el comprensivo y sentimental

Nando quien había manifestado este afectuoso voto. Sol sintió desfallecerse de emoción... ¿Sería posible que aquel chicuelo hubiese adivinado en la tristeza de sus ojos el secreto de amor? Era milagro del venerado Cristo del Judío, y de rodillas ante la tosca imagen de la Edad Media la muchacha había pedido con ardiente fervor que se hiciese luz en el caos, que brotase la solución al enigma de su nacimiento y que el Señor misericordioso arrancara de su corazón y del corazón del duque de Olarriaga aquel afecto que por siempre jamás sería un imposible. Y si el Señor le concedía aquellas gracias, Sol había prometido volver a La Rocosa y mandar decir una misa y oír la en la ermita, arrodillada, con una vela encendida, y subir y bajar al santuario descalza, igual que los pescadores que escapaban a un naufragio. ¿No estaba ella sorteando los azares de una espantosa tempestad de alma? Se rehizo conforme pudo de su emoción, y dirigiéndose a sus amigos los rapaces:

—Me han dicho —insinuó— que el Santo Cristo de La Rocosa es muy antiguo y que los viejos cuentan de él una historia preciosa. La señora Rosenda ha prometido contármela, pero anda siempre tan ocupada...

—Nosotros también la sabemos.

—A mí me la enseñó mi abuela.

—Y yo se la he oído contar muchas veces a mi padre.

—Y a mí, ¿quién me la cuenta?

—¡Yo!

—No, señorita, yo...

—Lo dije yo primero...

—¡Paz, paz, por amor de Dios,! No gritéis —rogó Sol.

—Que lo cuente Nando, que es el mayor —sugirió Pedruco.

—Eso, que lo cuente Nando —otorgaron todos arrellanándose en torno a Sol conforme pudieron sobre la anchurosa peña.

—Bien: pues Nando tiene la palabra —dijo Soledad.

Y Nando, todo orondo y satisfecho del honor que el sufragio universal le asignaba, comenzó de esta guisa su leyenda:

—Hace muchos años, cuentan los viejos,

que vivía en Oviedo un Judío muy rico, que vendía y compraba collares, y sortijas, y arracadas... y cosas de oro y plata. Era, como todos los judíos, muy apegado a su dinero y no iba a la iglesia, ni rezaba a la Virgen, porque dicen que ellos no creen lo mismo que creemos nosotros.

—Mi abuela dice que los judíos tienen rabo —insinuó Doro.

—Calla.

—Los judíos son personas como nosotros, sólo que tienen otra religión, pero lo del rabo es mentira —afirmó Pedruco.

—Una vez iba el judío con una maleta llena de piedras finas y oro desde Oviedo a la feria de Santander. Aunque no era camino, antojósele pasar por Barqueros para cobrarle a un señor el rédito de unos dineros, que le debía, y anda que andarás cádate al judío montado en una mula alazana de mucho poder, cuando al caer de la tarde se encontró a la entrada de un bosque muy espeso de pinos que era justo donde ahora está la ermita del Santísimo Cristo, porque ha de saber usted, señorita Sol, que todos estos montes que ahora tienen un pino aquí y otro allá, entonces era un pinar que a las doce del día no entraba el sol en él. Cerca del bosque encontró a un leñador que venía con un borriquito cargado de leña, y le dijo, dice... —Oye, buen hombre, ¿se puede atravesar por ese pinar para ir a Barqueros?— Y contestóle el leñador: —Puédese, pero encomendaos antes al Santísimo Cristo—. El judío no contestó. ¿qué había de contestar si él no creía en el Santísimo Cristo?, sino que se entró en el pinar a buen trote de su mula. A poco más de media hora se encontró en lo más espeso del pinar; era casi de noche y comenzó a tener miedo, porque escuchaba ruidos muy extraños y veía danzar por entre los troncos de los pinos sombras que parecían seguirle. Quiso entonces volver hacia atrás, pero cádate que la mula, asustada también, no quería obedecer a la brida, y el uno tira por acá y el otro tira por allá, la mula terca y el amo también, oyóse el judío cantar a un buho muy cerca de él. No

(Continuará)

Jornada de Estudios de la Acción Católica de Venezuela

La gracia, dice Alejandro de Alés, es un accidente que transforma el alma y la asemeja a Dios. San Pablo define el Bautismo como una muerte con Cristo del hombre viejo, tal como desciende de Adán, con su pecado original, pasiones etc. y un renacimiento con Cristo del hombre nuevo, que nos hace herederos de Dios y coherederos con Cristo.

Este renacimiento lo explica Jesús mismo en su entrevista con Nicodemo: "En verdad declaro, que nadie, a menos de nacer de nuevo, podrá ver el Reino de Dios". ante la incomprensión de Nicodemo agrega: "En verdad, en verdad te digo que a menos de renacer en el agua y en el Espíritu Santo nadie puede entrar en el reino de Dios. Lo que ha nacido de la carne es carne y lo que ha nacido del espíritu es espíritu".

En estas palabras Jesús establece claramente la distinción entre la vida natural y la vida sobrenatural. El cristiano tiene, como vemos, dos nacimientos: como hombre nace a la vida natural de la generación; como hijo de Dios nace a la vida sobrenatural por el Bautismo ó generación. A los padres les toca conservar y preservar esas vidas preciosas que Dios les ha encomendado. "Y cuando el que les dió el ánima noble, las ánimas demande enfurecido, dirá el ángel con orgullo noble: hombre le hicistes, ángel le he traído".

Leticia de Osorio.

Bautismo. — Aspecto de Apostolado, en las Casas de pre-natalidad, casas-cunas y jardines de infancia. —

En cuanto al niño, ninguna oportunidad mejor de conducirlo al Santo Sacramento del Bautismo que la que brindan estas obras de Acción Social Católica, que antes

de su llegada al mundo se preocupan de su salud espiritual, que después de nacido lo acogen y que en los primeros años de su vida lo protegen, conservándolo, hasta que, en uso de razón, la Escuela Parroquial encauce su formación espiritual en el seno de nuestra Religión.

Todo lo que ha expuesto, en el terreno teológico, la ponente, señora Leticia de Osorio, acerca de cómo, y dónde, y por quiénes ha de ser administrado el Santo Sacramento del Bautismo, como ministros extraordinarios, principalmente, resulta de innegable interés tenerlo en cuenta aquí dentro de todas estas instituciones sociales, en las que se le prepara la cuna al niño, o se les recoge dentro de ella, o se le atiende durante el tiempo en que el niño no puede permanecer al lado de su madre, o se le comienza a dar la primera enseñanza como alumno cándido de uno de los jardines de la infancia.

Blanca de González Rincones.

LA CONFIRMACION

ASPECTO TEOLOGICO

La Iglesia, desde los días de Pentecostés, ha considerado el Sacramento de la Confirmación como perfección y complemento del Bautismo. Por esta razón tuvo antaño por norma el administrarlo acto seguido y a continuación del Bautismo. Los Padres nos hablan, muchas veces, de este Sacramento, en virtud del cual imponían las manos a los neófitos bautizados y los ungían con óleo santo de gracia espiritual.

El bautismo es ciudadanía, la Confirmación milicia; el Bautismo es Sacramento de Paz, la Confirmación es robustez, crecimiento, virilidad, energía, valor sobreadquirido. Por esto podemos definirle: "Es

Sacramento de la nueva Ley, que, mediante la imposición del Crisma y la imposición de la mano, con la forma verbal prescrita, confiere a los bautizados la gracia santificante y, con ella, robustez y fortaleza para creer con firmeza y para confesar con intrepidez la fe; y además los sella como soldados de Cristo".

Por la Confirmación se nos da el Espíritu Santo. Puede decirse que la Confirmación es el Pentecostés de cada uno de los fieles. En efecto, en Pentecostés se dió el Espíritu Santo a los Apóstoles en común y en particular; y en la Confirmación se dá a todos y a cada uno de los fieles, y con El sus dones: de **Sabiduría**, para gustar de las verdades eternas; de **Entendimiento**, para distinguir las verdades evangélicas de las mentiras y engaños que se apartan del fin; de **Consejo**, para perfeccionar la prudencia natural con la sobrenatural; de **Fortaleza**, para resistir las tentaciones y vencer las dificultades; de **Ciencia**, para juzgar todas las cosas con luz sobrenatural; de **Piedad**, para tener gusto en las relaciones y adoraciones de Dios; de **Temor de Dios**, para que huyamos de todo lo que le disgusta.

Siendo la Confirmación la que nos imprime carácter como soldados de Cristo, y contemplando que son tan pocos los soldados valientes, audaces y arriesgados, con que cuenta la milicia, se deduce que el Sacramento de la Confirmación es para muchos asunto desconocido en cuanto a los deberes que él impone.

Que como efecto de esta Jornada, cada una forme el propósito de trabajar en su perfección, y, por sí misma, en su familia, en la sociedad y en el mundo entero, a fin de que llegue a sazón la consigna de nuestro Apostolado.

"La Paz de Cristo en el Reino de Cristo".
Juanita S. de Delgado.

La Confirmación: — Aspecto del Apostolado.

El Cuerpo de la Iglesia Militante, que

con movimiento nuevo y paso muy antiguo trata de restaurar el Reinado de Cristo en la Tierra, a ido a mengua porque la relajación del individuo trae la relajación de los Pueblos, es la Acción Católica .

El desconocimiento del deber y una ansia insaciable de derechos ha traído un desequilibrio moral aplastante; descuidadas las bases, el edificio de nuestra religiosidad ha sufrido un desconcertante deterioro que nos obliga a tomar medidas decisivas si queremos devolver la fisonomía propia que debe lucir todo aquel que profesa la Fé de Cristo, si así no lo hacemos nada podrá llamarse trabajo capaz de hacernos dignos de pertenecer a ese Cuerpo Militante que camina por las mismas sendas por donde anduvieron los Apóstoles, verdaderos fundadores de la Acción Católica.

Si el Bautismo nos incorpora a Cristo, la Confirmación fortalece, desarrolla y perfecciona la unión sobrenatural establecida en el primer día por el Sacramento de la Regeneración. Dándonos a beber del Espíritu de Cristo, lleva a su perfección nuestro crecimiento espiritual y nos hace capaces de obrar virilmente en el Orden Sobrenatural, de manifestar y defender valientemente la Fé recibida en el Bautismo.

Como primer paso de propaganda, debemos invitar a los Predicadores, Curas Párrocos, etc., para que den conferencias que ilustren sobre el particular haciendo sentir la grandeza del Sacramento, los bienes espirituales que reporta y la gravedad de los padres y tutores que se descuidan y permiten que sus subordinados no sean confirmados en su debido tiempo.

No está mal que los niños reciban la Confirmación a poco de ser bautizados, pero sería de desear que al ser preparados para su Primera Comunión se les ilustrara respecto a este otro gran sacramento y que fueran confirmados con sus blancos a tavíos el mismo día en que reciban a Jesús Hostia.

(Continuará)

Higiene Prenatal

Bajo este título se compendian los cuidados que debe tener consigo toda mujer durante el embarazo, en beneficio de su salud y la de su hijo.

Erróneamente todavía algunas mujeres no acuden al médico especializado desde el momento en que comienzan a sospechar que están en cinta, y no solamente ello, sino que no faltan aún las que, al no padecer ningún trastorno que les imposibilite el cumplimiento de sus obligaciones durante su época de gestación, no acuden al médico por tener la creencia de que están haciendo un buen embarazo, cayendo con ello en un grave error, perjudicial para su propia salud y para la de su hijo.

A toda mujer en estado de gestación le es indispensable desde su inicio, ponerse bajo la vigilancia de un médico partero. Muchas son las razones para ello, siendo una, por ejemplo, el formular para ellas un régimen alimenticio apropiado. Durante el embarazo, todo organismo materno tiene la necesidad de aportar la manutención del nuevo ser que porta en sus entrañas; por tal motivo, toda mujer en cinta necesita seguir un régimen alimenticio capaz y suficiente a llenar las necesidades nutritivas de su organismo y el de su hijo. Por ello es que la alimentación que resultata ser suficiente para una mujer no embarazada, resultará insuficiente para cubrir las necesidades alimenticias de una mujer que sí lo esté, pues como dijimos antes, y

ahora lo repetimos, a la mujer en estado de gestación le es necesario ingerir la alimentación requerida para nutrir su organismo y el del nuevo ser. De aquí se deduce, que si el feto no le es suficiente para lograr su desarrollo la alimentación que recibe de la madre, él la tomará del organismo materno y como consecuencia de ello la embarazada se desnutrirá. Por lo tanto, es indispensablemente necesario seleccionar la alimentación de la mujer en cinta, con el fin de que sea suficiente no sólo a cubrir las necesidades de su organismo en particular, sino también las necesidades nutritivas del nuevo ser.

Lo que acabamos de exponer es el motivo por el cual la embarazada necesita desde los primeros días de su nuevo estado una dieta rica en proteínas, necesarias para la formación de buena musculatura; rica en calcio y fósforo, elementos indispensables para el sano desarrollo de huesos y dientes; sustancias que contengan hierro, suficiente para el desarrollo fetal y para cubrir las necesidades de su organismo. La alimentación rica en vitaminas también es indispensable, siendo importante aumentar la cantidad de algunos alimentos como vegetales, frutas, leche y cereales integrales.

DE LA LECHE

La leche es un alimento de gran utilidad a la embarazada porque contiene muchos de los elementos necesarios para el crecimiento y desarrollo, así como proteínas, calcio y fósforo, y compendia algunas de las vitaminas de mayor importancia.

FRUTAS Y LEGUMBRES

Las frutas y legumbres son todas de gran importancia por ser ricas en vitaminas y

CARLOS MARIA JIMENEZ
EUGENIO JIMENEZ

Abogados

minerales. Las verduras, por ejemplo, contienen abundancia de hierro y vitamina A. En vitamina C, son ricos el repollo crudo y los tomates. Las patatas y demás tubérculos y legumbres tienen también gran valor alimenticio. Las frutas y verduras en conserva son igualmente alimenticias, pudiendo sustituir a las frescas cuando sea necesario.

Los cereales integrales son ricos en vitaminas y minerales por ello la embarazada no debe suprimir de su alimentación el pan y los cereales de granos integrales. También es necesaria la administración al organismo de vitamina D, la que estará contenida en algún reconstituyente que el médico recete.

Lo mismo que se recomienda esa dieta variada y rica a la embarazada, es necesaria también la vigilancia de la cantidad de sal a ingerir en sus alimentos. La cantidad de sal que comúnmente se emplea en las comidas corrientes es suficiente a la embarazada, no debiendo ella sobreañadir más a su plato de comida, y a veces será muy necesario reducir dicha cantidad de sal, o aun más, suprimirla totalmente. A toda embarazada se le debe proscribir las carnes y pescados cargados en exceso de sal.

Referente al líquido a ingerir, es conveniente que la embarazada tome cantidad suficiente de agua, lo que facilitará el funcionamiento intestinal y de sus riñones.

DEL PESO

Las pesadas periódicas de la embarazada son necesarias, y la curva de peso de una mujer en cinta debe ser llevada por su médico. Si la embarazada aumentase anormalmente de peso, será conveniente reducir su dieta alimenticia, pero ello debe ser dirigido por un médico, pues al im-

plantar la nueva dieta ha de estar convenientemente balanceada, mas como existen otros factores que pueden anormalmente aumentar también el peso de una gestante, es necesario que sea el médico el que compruebe la causa de dicho aumento de peso.

Por último, tocaremos en este capítulo la observación que a veces hace el médico, sobre madres que tienen la teoría de que deben limitar su alimentación con el fin de que la criatura sea pequeña al nacer, lo que resulta ser en extremo peligroso.

A continuación vamos a trazar un plan de alimentación que pudiese seguir una gestante:

En el desayuno: cereales, café con leche, pan tostado, mantequilla y frutas frescas.

En el almuerzo: jugo de tomate, frutas, pollo o pescado, pan, mantequilla, vegetales, guisantes, acelgas, espinacas, habas, viandas; ensaladas de lechuga, zanahoria, etc.

En la comida: sopa, pollo o pescado, también carne de res, pero no de puerco ni alimentos fritos; vegetales frescos, papa, pan, mantequilla, frutas, queso, gelatinas.

Esta alimentación no debe ser muy condimentada, insistiéndose en suprimir la carne de puerco y alimentos fritos. Referente a la cantidad de leche, no debe tomar la embarazada más de un litro en las 24 hrs. Tocante al huevo, es preferible tomar la yema sola.

El cigarro en la gestante, si es hábito necesario, debe moderarse. Es necesario agregar que todo régimen alimenticio de una embarazada debe ser regulado por un médico, quien llevará su curva de peso, y es el único científicamente autorizado para modificar su dieta.

De "Vanidades"

**¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús,
en todos los instantes, en todos los tabernáculos!**

Las Tres Monedas de Oro

Oraba en oscura noche,
desvelado, San Francisco,
ardiendo su corazón
en vehemente amor divino,
cuando, entre rayos de luz,
se le muestra Jesucristo,
en el esplendor glorioso
de su poder infinito,
y con voz, que el rui señor
nunca imitar ha podido,
ordénale:—Cuanto tienes
me has de entregar ahora mismo.—
Turbóse el gran Penitente
y exclamó grave y sumiso:
—¡Sólo poseo este sayo
de paño tosco y raído!
¿Qué otra cosa podré darte,
Salvador y dueño mío?—
—Lleva la mano a tu seno
y encontrarás lo preciso.—
Obedece presuroso,
y palpa, despavorido
de sorpresa, tres monedas
de oro reluciente y fino.
Con dulce calma hechicera
Jesús añade: Francisco,
esas tres piezas de oro
que te embargan el sentido
emblema son de tres órdenes
que has de fundar con tus hijos,
viviendo hasta la completa
consumación de las siglos.

Con la turbación de Saulo,
cegado quedó Francisco,
más que por la luz divina
por el grave compromiso
del soberano mandato,
juzgándose tan mezquino,
tan inerme e incapaz
de realizar tal prodigio.
Pero el Espíritu Santo,
mientras más pobre y sencillo,
tornábale, con sus dones,

más poderoso y más rico;
y cual los panes y peces
multiplicados por Cristo,
de aquellas áureas monedas,
surgieron tesoros mil
cual de surtidor prolífico,
en tres desbordados ríos
que extendieron sus raudales
de amor y de sacrificio,
por palacios y cabañas,
por aldeas y castillos,
por ciudades, por desiertos,
por cenobios y concilios,
y fueron, son y serán
de las tres reglas, sus hijos,
en el trabajar, constantes,
en el padecer, sufridos,
en la Caridad, ardientes
y en el creer, convencidos,
en las Cátedras y púlpitos,
elocuentes y eruditos,
prudentes en el consejo
y heroicos en el martirio,
Pontífices, Cardenales,
reyes, letrados, mendigos;
confesores, misioneros,
teólogos, ascetas, místicos...
¡Descubridores de mundos!
y siempre siervos de Cristo.

LEOCADIO LOPEZ.

"De El Heraldo Seráfico"

CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista
LENTE Y ANTEOJOS
DE TODOS LOS PRECIOS
Frente al Gran Hotel Costa Rica

Cuando el Amor se acerca

La casa contigua que estaba desalquilada, acaba de ocuparse. Los muebles que bajaron de los carros, sin ser demasiado lujosos, permitieron deducir que los nuevos vecinos viven en posición desahogada y que tienen buen gusto para adornar la casa. Bajaron también muchos libros, piano y una ortofónica. Debe ser gente culta y con inclinaciones artísticas. A medio día llegó a la casa un joven muy bien puesto, muy buen mozo y, al parecer, muy simpático.

Todas estas comprobaciones ha hecho fulanita, pendiente desde muy temprano, a través de un resquicio de la celosía, de lo que ocurre en la casa vecina. Lo que más le ha impresionado es, por supuesto, el muchacho. menudean las deducciones. Los libros están indicando que se trata de un estudiante. Y como representa tener unos veinticinco años, la carrera de él debe hallarse a su término. O quizá ya terminó y se trata nada menos que de un joven doctor. Y por cierto que es buen mozo, elegante en el vestir y en modales muy distinguidos. Y ese piano, ¿quién lo tocará? A lo mejor él mismo. ¡Y vaya que sería interesante un profesional que al mismo tiempo fuera artista!

Van pasando los días. El joven entra y sale, va y viene regularmente, sin sospechar que es objeto de una insistente vigilancia. Fulanita, en cambio, va confirmando sus impresiones. El joven le resulta cada vez más simpático, por su arrogante manera de caminar, su seriedad y su distinción. No hay duda de que se trata de un joven correcto, de un caballero y de un hombre espiritual. Siempre va con un libro bajo el brazo, vestido con impecable elegancia y con los botines bien lustrados. A ella no se le ha escapado un sólo detalle.

Ya sea porque el joven es perpicaz o porque ella le ayuda a serlo, lo cierto es que de pronto advierte la atención de que es objeto. Sonríe y la sonrisa le es retri-

buída. Al día siguiente saluda con idéntico resultado. Y así durante varios días consecutivos. Sin haber cambiado una palabra, se ha establecido entre ambos vecinos una cierta corriente de simpatía. Y como las casas son linderas, no falta la oportunidad de que se crucen entre ambas las primeras palabras.

Fulanita no necesita más. Aquello ha comenzado. ¿Y qué es aquello? Pues lo que se le cruzó por la imaginación desde el mismo día de la mudanza; desde el instante en que vió al joven penetrar a la casa vecina y que desde luego se propuso conseguir, aunque sin confesárselo claramente a sí misma.... Ahora sí se lo confiesa. Reconoce que su vecino le agradó desde el primer instante, y llega el momento de las confidencias íntimas con su rosado cortejo de ilusiones. Es el amor que se acerca. El amor que tarde o temprano llega y que de alguna manera tiene que llegar. Eso está ya dispuesto de antemano por el destino. Lo de la mudanza es el hecho casual, la circunstancia fortuita, pero necesaria para que el amor se acercara. El amor, sí, porque ya lo siente; lo sintió desde el primer instante, y cada palabra que cambian, cada gesto de él, cada nuevo traje que le descubre, le confirman aquello que ya no necesita comprobación: que lo quiere.

¿Lo quiere? Imaginemos que a la casa contigua a la de fulanita se ha mudado otra familia y que en ella hay un joven de rasgos diametralmente opuestos a los del actual dueño de sus pensamientos y con inclinaciones opuestas también. Pues, no tengamos la menor duda de que el proceso habría sido el mismo. ¿Qué no?

Sí, no tengamos la menor duda.

Ella se hubiera situado detrás de la celosía y hecho descubrimientos igualmente interesantes. Y a buen seguro que está es la fecha en que el otro sería el dueño de sus pensamientos.

Es porque Fulanita, como muchas otras jóvenes igualmente impresionables y fantaseadoras, tiene en su imaginación una cantidad extraordinaria de romances en potencia que cobran forma y acción con el mínimo pretexto. ¿Es que el amor sea ha acercado? ¿No será más bien que dentro del terreno fértil de su fantasía se ha

producido una interesante novedad? Sí, es más probable. Y lo cierto es también que una imaginación amante de la novelaría no se resigna a desdeñar las novedades que se producen en el campo de su influencia. Y este es el origen de dolorosas desilusiones.

Elena Camper

EN LA FARMACIA FISCHEL

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,
SUEROS Y VACUNAS

Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischel siempre encuentra lo que busca.

Una cosa es predicar

El célebre apóstol socialista X*, que, como Babel, Blasco Ibañez y otros se había enriquecido a costa de la candidez de los demás, estaba aquel día meditando en su despacho particular, una pieza cuadrada de elevada techumbre, el retrato de su esposa, los de sus tres pequeñuelos, algunos muebles caros, más que artísticos, modernistas, y quince o veinte macetas distribuidas por la habitación. La amplia ventana abierta daba al alegre jardín. En él corrían y chillaban los hijos del apóstol.

Sin hacer apenas ruido, se abrió la puerta del despacho, y un hombre, todavía joven, penetró en él lentamente.

—¿Cómo ha llegado usted aquí? ¿Y el portero? ¿Y los criados?

—No he visto a nadie. ¿Tiene usted criados?

—Esta pregunta es impertinente.

—Cálmese usted un poco. Yo soy su admirador, el más sincero de sus admiradores. Con mi mujer enferma, con mis hijos hambrientos en mi hogar miserable, cuya atmósfera mata, he asistido casi siempre a sus conferencias metafísicas, fi-

losóficas, morales y sociales. . . . ¡Ya ve usted si le admiro!

—Y qué tiene que ver?

—Tiene que ver, que observo el lujo de esta casa, la cantidad de objetos costosos y superfluos, y me acuerdo, sorprendido de las frases de usted. "Todos los hombres son iguales"; "son expresión de un robo racionalizado por el hábito, los conceptos absurdos tuyo y mío". ¿No se acuerda usted ya?

— He trabajado mucho para adquirir esto.

—Yo también. He perdido la fuerza y la esperanza en un trabajo ingrato. . . Hoy no encuentro ni aún eso.

—La capacidad intelectual no es igual en cada individuo.

—Por eso usted, superior a mí, ha venido enseñándome.

—Bien, ¿y qué quiere usted?

—Quiero vivir sin penas, sin las penas que proceden del desequilibrio social; quiero que mi mujer tenga cuanto la ciencia le aconseje. . . quiero que mis hijos coman; quiero tener un hogar higiénico y

alegre; quiero estar en el mundo así como estará usted. Y los hombres son iguales.

—Ante la naturaleza.

—Nada más natural que todo esto que pido. La naturaleza lo posee. Por eso lo tiene usted.

—Búsquelo, como yo.

—No lo encuentro.

—Trabaje.

—Ya he trabajado.

—Espere.

Se me acabó la fe, se me acabó la esperanza.

—Entonces, ¿qué va usted a hacer?

—¡Matar!

—¿Qué dice usted? ¡Dios mío!

—No hay Dios. Ese es un concepto.

¿No se acuerda usted ya?

—¿Y el Código?

—Es obra mía. Le romperé por inútil.

—¿Y la fraternidad?

—Es mentira. ¿Es usted hermano mío?

Si usted fuera mi hermano, tendríamos esta lucha?

—¿Y la caridad... la filantropía?

—¿La caridad? Yo la imploro. ¿Sabe usted dónde está?

—¿Y la libertad desdichado, y el derecho del semejante?

—¿La libertad? la mía, ¿intenta usted mermámela? ¿El derecho? Mi derecho; frente a él, ¿qué opondrá usted?

—¿Y todo ese egoísmo, para morir al fin!

—Esa razón desalentadora no la usaba usted en cátedra. ¡Y todo para morir!

Pues por eso, ilustre sabio... si no tengo un Dios que me premie; si no he de hallar tras la tumba un cielo compensador de mis lágrimas en la tierra; si, como me has dicho, soy un compuesto químico sin más ley que la afinidad ni más fin que la dispersión, deja que mientras tenga la inteligencia en ejercicio siga tus teorías con sus consecuencias lógicas.

Y el obrero, al decir esto, cerró la puer-

ta del despacho, entornó la ventana, sacó un puñal de la faja, arrollada a su cintura y se aproximó a la mesa. El apóstol, pálido, se puso de pie.

—No se mueva usted ni grite. Para mí es hoy el presidio algo mejor que mi hogar. ¿Comprende usted lo que digo?

—Bien; pedid. ¿Cuánto dinero?

—¿Dinero yo? Ninguno. Si me has dicho la verdad desde tu cátedra de sabio, quiero la igualdad de bienes, la igualdad de comodidades. Si me has engañado, quiero la fe en un Dios de amor, la certeza de una dicha eterna que me arrebataste... Escoge...

—Estáis loco.

—Soy tu discípulo. Escoge.

—¡Piedad! ¡Tengo tres hijos!

—Los oigo que ríen y juegan. Sé que se alimentan bien y que tienen asegurado un opulento porvenir. En cambio mis seis hijos, con el hambre en las entrañas y la tristeza en los ojos, contemplan a su madre, que sollozando se muere.

—¡Por Dios!

—¡Si no hay Dios!

—¡Por mí!

—Tu eres mi enemigo.

—Llévate cuanto tengo.

—¿Para qué, pobre sabio? ¿Para tener ahora, sobre el mal que me inculcaste, la nota de ladrón que caiga sobre mis hijos? Tus máximas, desgraciado, son de tal modo venenosas, que en teoría desesperan y en la práctica deshonoran.

—¡Perdonáme! ¡Compadéceme!

—A estas palabras reduces tu decantada sabiduría? ¿Qué dices? ¿Me engañabas, o te engañabas tú?

La ventana se abrió. Una cabeza rubia apareció tras ella.

—Papá: mirá qué manzana. ¿Me la quieres mondar?

El obrero miró al niño y se restregó los ojos; después guardó el puñal y huyó precipitadamente.

José María M.

(La Avalancha).

Reflexiones Cristianas

La felicidad es un objeto a que dirigen naturalmente sus deseos las criaturas racionales. Todos desean ser venturosos, pero por lo común yerran los medios de conseguirlo. Se persuaden los hombres que les será fácil libertarse de una multitud asombrosa de males que les rodea, valiéndose de aquellos artificios que les sugiere la industria humana. Por una funesta consecuencia de la corrupción universal de la naturaleza humana se ven oprimidos de una multitud de desventuras, contra las cuales viven en completa lucha, procurando sacudir su yugo, y anhelando muchas veces sin advertirlo a la felicidad para que fueron criados. Las enfermedades, la pobreza, y mucho más que todo, la perfidia y malicia de nuestros prójimos nos ponen en un estado miserable, en que no hay otro recurso que el de las lágrimas, porque todos los conatos son débiles para controlar el poder de la desventura. Pero los hombres que han tenido la dicha de conocer a Dios hallarían con poco trabajo un medio seguro de prevalecer contra todos sus infortunios, y aún un secreto maravilloso para convertirlos en verdaderos bienes. Dios

ayuda a los que siguen los caminos de la justicia, destierra del corazón más afligido todos los pesares y pone en su lugar una alegre confianza.

La conducta que observaron los santos mártires cuando se vieron perseguidos de los tiranos, la tranquilidad de su conciencia, y la alegría de su semblante en medio de los tormentos, acredita que las palabras en que se contienen las promesas divinas han sido siempre igualmente verdaderas. El justo es quien lo ha experimentado, y advertirá los mismos efectos el que determine establecer en su corazón la rectitud y la justicia. Nada puede apetecer el hombre constituído en miseria que no se le ofrezca largamente por la divina misericordia. ¿Te hallas perdido y extraviado? Pues he aquí que el Señor te ofrece ponerte por su mano en camino claro y seguro. ¿No descubres norte a donde dirigir el rumbo de tus deseos y esperanzas? He aquí que Dios te presenta su Reino, que es indistinto de sí mismo, en quien se encuentra todo el deleite que deseas.

Todos buscamos la felicidad y sólo en la fe en Dios es posible conocerla.

Siempre Lozana

Cuando pasa el arado y levanta toda la tierra caerán los árboles, y las flores de los jardines, y las plantas de las huertas, y no volverán a resucitar, sino que caídas quedarán.

Mas cuando puestos los terrenos al aire, sepultado el césped bajo la tierra levantada, y al parecer destruido de raíz, vosotros diréis: ha desaparecido el césped... Fijaos de allí a ocho días y veréis que todos los terrones del subsuelo levantados al aire, se recubren de un fino y casi impalpable verdín de césped, y que a los ocho días más,

el césped alegre y corona todo el suelo, como el mes anterior; y a los pocos meses ya nadie piensa que no hubo césped en aquel sitio, porque ha brotado por todas partes tan bien y mejor que antes. Esa es la Iglesia Católica.

No temáis por el césped, temed por el árbol, por las flores y plantas. Los reyes, los señores, los ricos no volverán a brotar, acaso. Pero el césped, la Iglesia católica, renacerá por todas partes y para siempre.

R. V.

La desaparición del avión de la Winged Cargo

Hoy 17 de Enero hace un mes que el Dr. Hemán Facio, su Señora y su hijita salieron de Filadelfia para New York dónde debían tomar el avión que los había de conducir a su patria para gozar de la Navidad en familia. En el mismo avión venían otros queridos compatriotas. doña Pilar Rey y el joven estudiante don Luis Astorga, también con las ilusiones de pasar La Navidad con los seres queridos de su corazón.

Un mes pasado en continuo dolor, pues todos los costarricenses han sentido intensamente esta dolorosa desaparición. Una esperanza inmensa nos animaba a todos y las plegarias más fervientes se elevaron hacia el Omnipotente implorando el retorno de todos esos seres queridísimos a sus hogares.

Luego vinieron falsas ilusiones que destrozaron aún más esos corazones y no se comprende cómo puedan existir almas que jueguen así con el dolor, y no piensen que la pureza de intención es lo único que Dios bendice y que maldice a cualquiera que hace sangrar el corazón herido del más pequeño de sus hijos.

En medio de la cruel agonía en que han vivido los parientes y amigos siempre existe la humilde resignación ante la voluntad de Dios que es todo amor y misericordia y que si nos hiere es con el único fin de purificarnos por medio del dolor y de

acercarnos más a su dolorido corazón y unirnos más íntimamente con El y le consolemos de tanta indiferencia y desprecio que los pecadores le infieren. ¡Qué bello es consolar al Corazón de Dios! Amarlo en las pruebas es la mayor ofrenda que podemos hacerle... humildemente recibir todos los dolores... todo por El... y qué recompensa recibirán esas almas grandes que no se opusieron a sus designios que son inexcrutable... .

Nuestra Religión es bella, dulce, consoladora, fortalece y levanta el espíritu de los que sufren... Nada más hermoso ni más sublime que ver a una madre herida en lo más profundo de su corazón sometida humildemente a la voluntad divina, y ofreciendo sus lágrimas al levantar el sacerdote la Hostia Santa en el Santo Sacrificio de la Misa!... qué amorosa bendición del Altísimo caerá sobre esa madre... y sobre los suyos... .

Nosotros nos unimos intensamente al dolor de todos y seguimos pidiendo porque Dios continúe derramando *sobre ellos* fortaleza y resignación y por los seres queridos desaparecidos para que gocen de la dicha eterna y rogamus a todos nuestros suscritores como prueba de cariño para todos envíen muy fervientes oraciones por todos los desaparecidos que esperamos estén gozando de la visión beatífica.

Sara Casal Vda. de Quirós-

BETTINA DE HOLST HIJOS

le ofrecen: Pañuelos grandes de nylon, estampados

Hilos de toda clase para bordar Tapetes, Manteles y otras labores estampadas para bordar. Gran surtido de lanas de tejer.

RECETAS DE COCINA

A cargo de doña Digna Casal de Solari.

Chuletas de pescado

Se coge un pescado grande, se escama y se lava muy bien y se corta en tajadas delgadas que se condimentan con sal y pimienta; se batien 2 huevos crudos con un poquito de sal y pimienta, sin hacer mucha espuma, apenas para mezclarlos, cada tajada de pescado se baña en este huevo y enseguida en polvo de miga de pan tostado; en seguida se fríen en manteca caliente de manera que queden doradas sin quemarse porque el huevo quemado tiene mal sabor. Se sirven inmediatamente adornadas con ramitas de perejil y tajaditas de limón.

Queque de pescado

Se ponen a cocinar en agua con sal 12 papas blancas, peladas y de regular tamaño; aparte se pone a cocinar en agua hirviendo con sal una libra de pescado mero bien escamado y lavado; cuando el pescado está suave se le escurre el agua, y con un tenedor se maja bien y se le sepa:an las espinas. Cuando las papas estén suaves se escurren y se vuelven a poner al fuego des- tapadas para que se les evapore bien el agua que les queda, luego se pasan por el prensador de papas, se les agrega una cucharada de mantequilla, 2 huevos enteros, se mezcla todo muy bien con una taza de leche hirviendo, sal y pimienta y, si se quiere, se le agrega un poquito de nuez moscada rallada. En un pirex o en una fuente que resista el fuego, untada de mantequilla se pone una capa de papa, otra de pescado, por encima se baña con mantequilla derretida y se espolvorea con perejil picado, luego otra capa de papa, otra de pescado y terminando con una capa de papa. Encima se le unta con una brocha

huevo batido y se mete al horno caliente y cuando está dorada se sirve.

Queque caliente

Se mezcla una libra de harina con una cucharada de royal, se pasa por el cernidor, $\frac{1}{2}$ litro de leche, 2 huevos enteros, y una cucharada de las de sopa, de mantequilla derretida y fría, media cucharadita de sal, se mezclan todos estos ingredientes bien ligero y se echan en un molde redondo untado con bastante manteca y espolvoreado de harina y se mete al horno caliente hasta que esté dorado. Se saca del horno y se sirve caliente, acompañado con mantequilla, algún sirope o jalea.

GALLETITAS

Se emplea media libra de harina, un cuarto de libra de azúcar moreno, un huevo, una cucharada de mantequilla y una cucharadita de royal; se mezcla la harina con el royal y se pasa por el cernidor, se pone en la tabla de amasar, se hace un hueco en el centro de la harina y allí se echa la mantequilla, el huevo y el azúcar, se mezclan primero estos tres últimos y por último con la harina, si se ve que no se juntan se le agrega un poquito de agua, se mezcla bien y se amasa un poquito y se extiende con el bolillo hasta que quede bien delgada y entonces se cortan las galletitas en la forma que uno quiera; se colocan en cazolejas untadas de manteca, se punzan con un tenedor y se meten al horno caliente hasta que estén asadas, se sacan del horno y se sacan de las cazolejas con mucho cuidado y con un cuchillo para que no se partan y se colocan en un cedazo para que se enfríen, cuando están frías se echan en latas herméticamente tapadas.

CONSIGANOS SUSCRITORES

COMPRE LOTERIA NACIONAL

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos aumentar las comodidades y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica